

A C T I T U D E S

ROMANCE DEL REY DON SANCHO

POR ENRIQUE CAPELLA

Es el «wali» Abderramán
el moro «qu'en» Huesca manda,
y del terrible Almanzor
lleva sangre musulmana.
Por las eras del «Casparo»
pasea con sus esclavas
que le sacuden las moscas
con abanicos de plata,
y cuando siente «cansacio»
«desañudan» sus «endalias»,
«pa rugiale» las «canillas»
con terrizos de agua belada...
No está el moro «mu» tranquilo
al ver que tan cerca se halla
el ejército cristiano
que Sancho Ramírez manda;
y aun sobrándole valor,
pues confía en las murallas,
sus ojos echan más fuego
que las purnas de una fragua.
En pocos días, tres veces,
los cristianos con sus armas,

intentaron «sin lograrlo»
 abrir una grieta franca.
 El rey don Sancho Ramírez,
 con deseos de aborraz bajas,
 «cutio» va tendiendo al moro
 fuerte y poderosa malla...
 En «Lobarre» y en Marcuello,
 y Alquézar, a gran distancia,
 ha «edificau» tres castillos
 que son «pa» Huesca tres zarpas
 y «pa» los de Abderramán
 una «siguida» amenaza.
 Y no contento con esto,
 en Montearagón levanta
 otro castillo que «alcorza»
 de su presa muchas varas...
 Al «espejase» la «boira»,
 varios días apretada,
 a Montearagón los moros
 contemplan como a un fantasma.
 Piensa en Huesca un «alfaquí»;
 y mientras tanto señala
 el castillo con su mano,
 dice esta sentencia clara:
 «Aquel potro que allá veis,
 pondrá esta yegua tomada».

.....
 Año mil noventa y cuatro:
 va don Fortún de Lizana
 con el rey por «l'Alamera»
 los dos «charra» que te «charra»,
 «descutiendo» el mejor punto
 por «ande» atacar la plaza.
 Un moro «qu'en» la Porteta
 tiene el torreón de guardia,
 no quita a los «pasiantes»
 ni un momento la mirada...
 Va «aspacico» el rey don Sancho,
 y al llegar al «Puente tabla»,

señala el sitio más flojo
con la punta de su espada.
«Antonces» una «sadeta»
«qu'el» traidor moro dispara,
le «dentra» en la «sobaquera»
«cuasi» más de media vara.
«Desimulando» la herida
mientras la sangre le mana,
su color, antes moreno,
por amarillo se cambia.
Tropezando en los «torrocós»,
descansando y medio «a rastras»
llegan el sano y herido
«ande» sus gentes acampan...
En el «Pueyo de don Sancho»
—que hoy de San Jorge se llama—
todo son «chilos» y lloros
y al conocer la desgracia
acuden los ricos-hombres,
y con voz emocionada,
juran que Pedro, su hijo,
será el rey si Sancho falla.
El príncipe, de rodillas,
a su padre se «l'abrazá»,
y don Sancho, que va a morir,
le confiesa estas palabras:
«Con una «sadeta» sola
los relojes nunca marchan,
y ya siento que a este mío,
hoy la cuerda se «l'acaba».
Me voy feliz y contento,
pues muero por mi patria,
pero que Dios no conceda
«dengún» descanso a mi alma
si de «ripente» no juras.
por esta cruz de mi espada,
que has de plantar la otra Cruz
en Huesca la musulmana».
—¡Acabará con Mahoma

—dice don Pedro con rabia—
y «tamién» te juro, padre,
que Huesca será tomada...!

Al rematar pocas horas
de tantas cosas juradas,
en los brazos de su hijo,
y con la flecha clavada,
Sancho, mirando «p'al» cielo,
a Dios «degolvía» el alma...
¡Así morían los reyes
de nuestra invencible raza!